

Breve historia de la narrativa colombiana. Siglos XVI-XX

Sebastián Pineda Buitrago
Siglo del Hombre Editores. Bogotá, 2012. 384 p.

María del Pilar Ramírez Restrepo
mdelpilar.ramirez@gmail.com

Universidad de Antioquia, Colombia

Recibido: 15 de agosto de 2014. Aprobado: 9 de octubre de 2014

El investigador colombiano Sebastián Pineda Buitrago demuestra con esta publicación la vigencia de estudiar la historia literaria colombiana desde una perspectiva temporal amplia, como otrora lo hizo José María Vergara y Vergara cuando inauguró esta tradición con la publicación de *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867). Pineda Buitrago se basa en las tesis del profesor Roberto González Echevarría y del pensador Alfonso Reyes para proponer que la literatura colombiana tiene sus cimientos en los discursos no ficcionales (el jurídico y religioso de la época colonial, el científico del siglo XIX y el antropológico del XX) y en ciertos modos de pensamiento que concibieron la literatura como medio para atacar el discurso dominante.

Pineda tiene un propósito claro: realizar un estudio cronológico de las principales obras narrativas que se escribieron desde el siglo XVI hasta el XX en el territorio de la actual Colombia, presentando una crítica general de las diferentes corrientes y escuelas literarias y teniendo en cuenta los valores individuales. De esta manera, según se explica en el prólogo, Pineda entiende que su tarea es indicar los cambios de su objeto de estudio en el tiempo y construir una obra que sirva de guía por los textos narrativos que él considera principales.

El libro se compone de ocho capítulos organizados de manera cronológica y delimitados según criterios históricos (por ejemplo, cuando distingue el Antiguo Régimen y la República), literarios (como en los capítulos “El modernismo narrativo” o “La narrativa de Gabriel García Márquez”) o coyunturales (por ejemplo, en el capítulo “Entreguerras o entre las vanguardias”). Cada capítulo comienza con una contextualización breve, luego se alude a obras que no se escribieron con un fin literario y finalmente se mencionan los principales textos narrativos, es decir, los que, según el autor, rompieron con

los presupuestos de su época y simpatizaron con los discursos renovadores, casi siempre venidos del exterior. Pineda toma las tesis de otros estudiosos para nutrir las propias, aunque en algunos casos, sobre todo en los primeros capítulos, el lector termina extrañando el análisis directo de las obras.

El primer capítulo, “Narrativa colonial”, introduce la tesis de que la literatura colombiana nació del carácter acusatorio contra lo establecido. Ejemplo de ello fue *El carnero* (1636-1638), de Juan Rodríguez Freyle, porque fue a contraluz del discurso jurídico del periodo colonial y del lenguaje leguleyo y religioso de la Monarquía. La siguiente manifestación literaria que surgió como resistencia a la época fue la obra sobre la complejidad del individuo y de lo femenino (en interacción con lo divino) de la mística Josefa del Castillo. Luego, *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*, de Pedro de Solís y Valenzuela mostró una narrativa más sólida, una novela propiamente, aunque con más “reflexiones moralizantes” que “fuerza narrativa” (p. 57). Pineda refiere, para la segunda mitad del siglo XVIII, la constitución de un discurso científico que significó la explotación sistemática de la naturaleza, la difusión de medios impresos —y con ellos de una forma de pensar afrancesada— y la publicación de periódicos y de mayor número de libros. Dentro de esta generación, Francisco José de Caldas fue quien con su obra vaticinó las características que adquirió la literatura del siglo XIX: el cuadro de costumbres y los matices románticos. Aunque esta última parte del capítulo tiene importantes reflexiones sobre el cambio de paradigma de la escritura, presenta la consolidación de discursos y el intercambio de ideas de manera muy simple, casi espontánea y general, sin relación con las condiciones sociales de la época.

El segundo capítulo, denominado “Narrativa del siglo XIX”, hace referencia a la pugna que marcó durante años la literatura colombiana: la de la asimilación y el rechazo del discurso científico. Pineda se refiere al naturalismo y al costumbrismo, y, aunque reconoce que tuvieron vertientes disímiles, sintetiza ambos discursos de dos maneras: primero, analiza la importancia de las publicaciones en el periódico *El Mosaico*, porque en este se fundamentó el costumbrismo y tuvo un sentido más literario que político, a diferencia de los periódicos que circulaban en la misma época; segundo, considera que *María* (1867), de Jorge Isaacs, fue la única novela que superó estéticamente lo que se publicó en este periódico y que no ridiculizó la vida en el campo, como sí lo habían hecho los escritores costumbristas. Tomas Carrasquilla y José Asunción Silva fueron quienes representaron la gran disputa de la literatura del siglo XIX, porque el primero siguió la vertiente del regionalismo y

el segundo los parámetros de la literatura francesa. Para Pineda, ambos son muestra de la búsqueda de una literatura particular o moderna.

En el capítulo siguiente, titulado “Entreguerras o entre las vanguardias, 1914-1945”, Pineda propone que, aunque la narrativa colombiana aún no se incluya en las antologías de literatura vanguardista hispanoamericana, Colombia sí alcanzó, aunque de manera tardía, la elaboración en sentido pleno de la literatura contemporánea, pero la “criollizó [...] al perfeccionar o hacer más nítida su mirada sobre lo telúrico” (p. 133).

El siguiente capítulo, “Narrativa de mediados del siglo xx, 1948-1965”, muestra que, durante estos años, la literatura colombiana pasó de contener un discurso antropológico (como el de *La Vorágine* [1924], de José Eustasio Rivera) a ser una narrativa de la violencia.

El sexto capítulo se dedica exclusivamente a la obra de Gabriel García Márquez, porque, según Pineda, el Nobel colombiano fue el vínculo entre las novelas de la violencia y creó un discurso narrativo renovador, propio, a partir de la concepción de lo sobrenatural como parte de la realidad.

El siguiente capítulo describe la generación “posboom”, es decir, la de los nacidos entre 1930 y 1945, a excepción de Pedro Gómez Valderrama y Álvaro Mutis. En esta generación, como en las de otras geografías, primó la disyuntiva entre el compromiso social y el estético, es decir, entre los que pusieron su escritura a merced de las problemáticas sociales, como Fernando Soto Aparicio u Óscar Collazos, y entre quienes, ante el descontento por el posmodernismo, se refugiaron en la literatura para concebir su propia escritura, como Antonio Caballero y, de manera extrema, Fernando Vallejo.

En la última parte del libro, titulada “Capítulo de novedades, 1999-2011”, se demuestra que la literatura escrita durante esta década y la que marcó el panorama de la narrativa actual tuvo la intención de retratar el “fenómeno sociopolítico del narcotráfico” (p. 339) o de dar cuenta de la emigración masiva de colombianos desde la década de 1990. A partir de estos dos aspectos, Pineda articula el análisis de las diferentes obras y plantea inquietudes que merecerían una reflexión en extenso: por ejemplo, si la literatura colombiana podría perder su peculiaridad debido a esta amplia emigración de escritores.

Para concluir, puede decirse que *Breve historia de la narrativa colombiana. Siglos XVI-XX* es una obra recomendable para quien desee acercarse al estudio histórico de la literatura, conocer títulos y autores poco leídos y estudiados, y encontrar una bibliografía extensa y actualizada. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que el autor no presenta una postura crítica sobre categorizaciones

como costumbrismo, romanticismo o realismo, no tiene mayor rigor en términos históricos (sobre todo en la primera parte) y su perspectiva es, como la de muchos otros, sobre el canon literario (lo que es visible en el amplio desarrollo que hace de algunas obras y la mención breve, general y basada en argumentos ajenos que hace de otras). Es decir, el autor no se cuestiona sobre los criterios europeizantes que se han adoptado tradicionalmente para elaborar los inacabables, aunque útiles, manuales de literatura colombiana.